

Modernidad y antimodernidad en el Santiago de los años treinta

POSTALES URBANAS EN LA REVISTA ZIG-ZAG*

MODERNITY AND ANTI-MODERNITY IN THE THIRTIES SANTIAGO

Urban Postcards in the Zig-Zag magazine

Hugo Mondragón-López

Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile, UC. Profesor Asistente. Director de Investigación y Postgrado. Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, UC. Colombiano
 hmondragon@uc.cl

Recibido: 31 de enero de 2012

Aprobado: 30 de noviembre de 2012

Resumen

Este artículo intenta responder una pregunta: ¿De qué manera la cultura arquitectónica de la década de 1930 en Chile experimentó la transformación de Santiago en una metrópoli? Para responderla se utilizan las nociones de experiencia metropolitana empleadas por Georg Simmel y Walter Benjamin y se emplea como fuente documental primaria la revista *Zig-Zag*, la más importante revista de novedades del país. El ensayo muestra que el intento adelantado por *Zig-Zag* para construir la experiencia metropolitana como algo colectivo, mostró las fisuras en la cultura arquitectónica local que osciló entre la completa aceptación de la modernidad urbana y su absoluto rechazo.

Palabras clave: experiencia metropolitana, modernidad, revista *Zig-Zag*, Santiago de Chile.

Abstract

This paper attempts to answer one question: ¿How does the architectonic culture of the 1930s in Chile experienced the transformation of Santiago into a metropolis? To answer, it uses the concepts of "metropolitan experience" employed by Georg Simmel and Walter Benjamin. As primary documental source, it uses *Zig-Zag*, the most important news magazine in the country. The paper shows that the attempt carried out by *Zig-Zag* to build up the metropolitan experience as a collective practice, showed the fissures within the local architectonic culture that oscillated between the complete acceptance of urban modernity and it's absolute rejection.

Key words: metropolitan experience, modernity, *Zig-Zag* magazine, Santiago de Chile.

Resumo

Este artigo tenta responder à pergunta: ¿De que maneira a cultura arquitetônica da década de 1930 em Chile experimentou a transformação de Santiago numa metrópole? Para respondê-la se utiliza as noções da experiência metropolitana empregadas por Georg Simmel e Walter Benjamin e se emprega como fonte documental primaria a revista *Zig-Zag*, a mais importante revista de novidades do país. O ensaio mostra que o intento adiantado por *Zig-Zag* para construir a experiência metropolitana como algo coletivo, mostrou as fissuras na cultura arquitetônica local que oscilou entre a completa aceitação da modernidade urbana e sua absoluta rejeição.

Palavras-chave: experiência metropolitana, modernidade, revista *Zig-Zag*, Santiago do Chile.

* Este artículo es producto del proyecto fondecyt regular No. 1110494 titulado "Experiencias urbanas, transformaciones, planes y proyectos: representaciones en las publicaciones periódicas. Chile 1930-1960". Horacio Torrent, investigador responsable. Macarena Cortés, Romy Hecht y Hugo Mondragón, co-investigadores. Se inscribe en el marco de un proyecto más amplio que se ha propuesto hacer foco en las experiencias, transformaciones, planes y proyectos de la ciudad moderna en Chile, con el fin de establecer "[...] las ideas que han caracterizado las formas de entender y actuar sobre el fenómeno urbano en Chile" (Torrent et al., 2010-2013). Para hacerlo se ha tomado la decisión de usar como fuente documental un conjunto conocido de publicaciones periódicas que circularon en el país entre 1930-1960.

Para realizar el trabajo cuyos resultados se exponen en este artículo fue necesario realizar al menos dos recortes metodológicos. En primer lugar se decidió hacer centro en el problema de la *experiencia urbana* en tanto una de las formas en las que se representan las transformaciones de la ciudad; en segundo lugar se decidió utilizar como fuente documental únicamente a las publicaciones no-disciplinares.

El primer recorte obedeció a la decisión consignada en el proyecto de investigación de abordar por separado los campos temáticos de la investigación al menos en una primera etapa. El segundo recorte se explica por la adopción de un enfoque interpretativo que intentará discutir el argumento comúnmente aceptado que el Proyecto Moderno –en este caso en su dimensión urbana– se habría instalado sin fricciones y habría sido aceptado sin resistencia por la cultura local.

Interpretar la modernidad como un proceso que fue celebrado y resistido al mismo tiempo es un enfoque comúnmente usado en las ciencias sociales, sin embargo, en las investigaciones sobre urbanismo y arquitectura moderna, este tipo de interpretación ha permanecido prácticamente inexplorado. La historiografía suele presentar el urbanismo moderno como puro proyecto celebratorio¹, en parte como consecuencia de las fuentes que se emplean para construir las narraciones².

Como es sabido, uno de los primeros autores en proponer esta interpretación de la modernidad en términos de celebración y resistencia fue Marshall Berman³. Siguiendo la terminología propuesta por Berman y volviendo al problema de este artículo, se podría decir que las revistas disciplinares habrían actuado mayoritariamente “desde arriba” –sus editores no intentaron resistir el impulso de transformación de la ciudad, sino que lo aceptaron y buscaron encausarlo bajo la forma de un proyecto– mientras que en las revistas no-disciplinares, los procesos de modernización de la ciudad aparecieron como algo que podía celebrarse, pero, en otras ocasiones, como algo que se padecía y se resistía “desde abajo”.

Dado que lo que interesaba explorar en esta fase de la investigación era la manera en que la cultura chilena había celebrado y al mismo tiempo resistido la modernización de Santiago durante la década de los años treinta, pareció oportuno trabajar con una revista no-disciplinaria para buscar en ella argumentos en contienda. El artículo se desarrolla a partir de las *experiencias urbanas*, celebratorias y de resistencia, que circularon durante la década de los años treinta en Chile a través de las páginas de la revista *Zig-Zag*⁴.

Hugo Mondragón-López

Arquitecto por la Universidad Piloto de Colombia (1990), Magíster en Arquitectura por la Pontificia Universidad Católica de Chile PUC (2002), Magíster en Teoría e Historia de la Arquitectura por la Universidad Nacional de Colombia (2003). Ha sido profesor de Proyecto y Teoría e Historia de la Arquitectura en universidades de Chile y Colombia.

1 Generalmente se lo presenta como el aplastante ascenso de las ideas y la praxis de lo que llaman “urbanismo científico”, que suele asimilarse al “urbanismo CIAM”.

2 Me refiero al uso de fuentes canónicas puramente disciplinares.

3 Para la noción de la experiencia de la modernidad como resistencia “desde abajo” de proyectos modernizadores véase: Berman, 2004: 11. “Si prestamos atención a los pensadores y escritores de la modernidad del siglo XIX y los comparamos con los de hace un siglo, encontramos que la perspectiva se ha achatado radicalmente y que el campo imaginativo se ha reducido. Los pensadores del siglo XIX eran, al mismo tiempo, enemigos y entusiastas de la vida moderna, en incansable lucha cuerpo a cuerpo con sus ambigüedades y sus contradicciones; la fuente primordial de su capacidad creativa radicaba en sus tensiones internas y en su ironía hacia sí mismos”.

4 La revista *Zig-Zag* fue publicada por una casa editorial que llevaba el mismo nombre. Se trataba de una empresa que funcionó al alero del diario *El Mercurio* de Santiago, fundada en 1900 por Agustín Edwards McClure. En febrero de 1905, después de que Edwards regresó de un viaje por los Estados Unidos, apareció publicado el primer número de la revista *Zig-Zag*. La función del semanario era ocuparse de aquellas temáticas distintas de la política que Edwards había advertido que empezaban a tener un espacio en los diarios. En cada número de *Zig-Zag* había noticias sobre Chile y el mundo, las cuales aparecían intercaladas con artículos sobre artes plásticas, literatura, moda, cocina, producción industrial y agropecuaria, el campo, las ciudades, la vida social, los deportes, curiosidades, crónicas de viajes y humor político. Desde sus primeros

La experiencia vital del mundo –como el lenguaje– es una forma de organización de Lo Real. A diferencia del lenguaje, la experiencia se ubica en un plano sensible y pre-lógico. Si se entiende por experiencia únicamente las *impresiones* o *emociones* que le provoca a un individuo el entrar en relación con otros seres o con los fenómenos del mundo sensible, ésta cobraría sentido únicamente en esa relación biunívoca, pero quedaría completamente opaca e inaccesible para quienes estén por fuera de ella. Un caso paradigmático de este tipo de experiencias son, por ejemplo, las experiencias místicas y las iluminaciones. En este sentido, una experiencia solo se hace transparente para una comunidad al pasar por la criba del lenguaje, iniciando un proceso que podría describirse como racionalización de una impresión.

Este artículo trata sobre las *experiencias transparentes*, es decir, sobre impresiones y emociones racionalizadas a través del lenguaje. Tomando como centro de la investigación a las experiencias metropolitanas, lo que se intentará mostrar es, de qué manera la revista *Zig-Zag* habría desempeñado un papel de laboratorio para un debate que se libraba en paralelo en muchos planos de la cultura chilena y que esquemáticamente podría enunciarse como la disputa entre los modernos y los anti-modernos.

Zig-Zag no fue una revista militante. Ni defendía ni resistía combativamente las transformaciones que experimentaba Santiago en aquellos años. Su valor reside en que ella misma operó como una suerte de espejo que recogía la imagen más o menos definida, más o menos deformada, de la cultura local de la época que pasaba frente a él. La imagen capturada por la revista muestra que la cultura local exhibió un amplio espectro de impresiones que iban desde las experiencias celebratorias más luminosas y optimistas de la modernidad, hasta las experiencias condenatorias más oscuras y pesimistas, mostrando, de esta manera, que la construcción de la modernización urbana de Santiago como una experiencia compartida culturalmente, fue un campo en disputa.

Impresionismo urbano en la revista *Zig-Zag*

David Frisby ha hablado de “impresionismo sociológico” para referirse al método empleado por el sociólogo alemán Georg Simmel en sus investigaciones sobre la modernidad. Frisby considera a Simmel el “primer sociólogo de la modernidad” (Frisby, 1992: 80 y 81) y sostiene que éste –a diferencia de otros sociólogos contemporáneos como Max Weber–, no se interesó en el análisis de las grandes estructuras sociales, sino en los rituales de socialización más cotidianos, azarosos, fortuitos y aparentemente insignificantes a los que llamaba “viñetas sociales” (Frisby, 1992: 100).

números los editores de la revista siempre tuvieron un particular cuidado con su forma gráfica. Las portadas y muchas de las páginas interiores de *Zig-Zag* constituyen documentos relevantes de la historia del diseño gráfico nacional. *Zig-Zag* fue un proyecto editorial exitoso. La revista se mantuvo en circulación por más de 50 años. Para más información véase:

http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=revistazigzag. Visitada el 28 de enero de 2012.

Lo que hacía una revista como *Zig-Zag* era juntar fragmentos de impresiones, postales, instantáneas de los encuentros aparentemente superficiales y azarosos que se producían entre los articulistas y fotógrafos de la revista y las transformaciones de Santiago.

Siguiendo la terminología propuesta por Simmel, muchos artículos y fotografías publicadas en *Zig-Zag* eran verdaderas “viñetas” de la ciudad y de lo urbano y sin lugar a dudas habrían sido el tipo de documento que Simmel habría privilegiado para intentar una construcción de la experiencia metropolitana.

Zig-Zag era una publicación dirigida al gran público. Uno de los temas más frecuentemente presentados en la revista era la moda. El semanario se concibió como un instrumento que debía orientar a sus lectores para distinguir las novedades. Esta función incluía las novedades urbanísticas que en el espacio de la revista se transmutaban en signos de modernidad.

También fue un lugar para la transmutación de las cosas en mercancías. Por una parte se transmutaban en cosas-dinero que tenían valor y sentido únicamente en una economía monetaria –piénsese por ejemplo en los avisos publicitarios que anunciaban la venta de casas o departamentos (figura 1)–, pero al mismo tiempo se transmutaban en cosas-signos, en mercancías que se transaban en el mercado de bienes simbólicos. Mercancías, economía monetaria, mercado, moda, novedad son nociones que juegan un papel fundamental en la construcción de una experiencia colectiva de la modernidad.



Figura 1. “Zig Zag en las Piscinas”, marzo 1932.

Ciertos tipos psicológicos catalogados como típicamente metropolitanos también quedaron registrados en las páginas de *Zig-Zag*: el autómatas, el nervioso, el aburrido, el extravagante, el hiper-racional, entre otros.

Lo que se ha intentado hacer hasta este punto es establecer una serie de consideraciones sobre el objeto de estudio, que permiten justificar un recorte de la fuente original. De entre todas las publicaciones que constituyen la base documental original de la investigación, las publicaciones periódicas no-especializadas son las que se ajustan de mejor manera al objeto que se indaga en este escrito, en este sentido *Zig-Zag* constituye un documento privilegiado.

Una metrópoli: Santiago de Chile

Habitualmente se utiliza el término *metrópoli* para referirse al tipo de ciudad de la modernidad. Son varios los autores que han mostrado de qué manera, en la ciudad moderna, los sujetos habrían encontrado una rica e inagotable cantera de experiencias de la modernidad⁵.

Pero, ¿era Santiago en 1930 una metrópoli?, ¿cuál es el marco de referencia que se va a usar para responder esta pregunta?

Aunque existe una amplia bibliografía sobre Santiago y su desarrollo histórico⁶, hasta donde ha sido posible indagar no existen trabajos específicos que se hayan ocupado de teorizar el tránsito desde la ciudad del siglo XIX que se heredó de la colonia hacia una metrópoli industrial. En este sentido no es posible responder *a priori* la pregunta sobre el carácter metropolitano de Santiago.

En prácticamente todos los trabajos que hacen centro en el problema de la metrópoli, las primeras fuentes casi siempre son Georg Simmel y Walter Benjamin⁷. Ellos son dos voces autorizadas para trazar un perfil de la metrópoli moderna. Simmel hizo énfasis en el tipo de prácticas de socialización que habría propiciado y se habrían incubado en las metrópoli, mientras Benjamin se mostró además interesado en su cultura material.

Utilizando las categorías conceptuales propuestas por estos dos autores, es posible sostener que una ciudad se transforma en una metrópoli cuando es posible identificar en ella la confluencia de los siguientes fenómenos: aparición de una economía monetaria basada en el dinero, surgimiento de una sociedad masificada, transformación de la ciudad en una mercancía, intensificación de la división del trabajo con la consecuente proliferación de especialistas, aparición de una sociedad con un particular gusto por lo extravagante y lo rebuscado, surgimiento de un modo de actuación guiado por una objetividad despiadada, inserción en el paisaje de la ciudad histórica de nuevas piezas de la era industrial.

Para 1930 Santiago ya era la sede de una economía monetaria y, siguiendo a Simmel, habría dado un paso fundamental para su transformación de ciudad en metrópolis⁸. Los primeros bancos se fundaron en Santiago en el período 1850-1875. El historiador Armando de Ramón sostiene que “En 1910 los bancos establecidos en Santiago eran doce [...]” (De Ramón, 2007: 163), y procede a enumerarlos.

Para 1930 Santiago ya era una sociedad masificada. En los 55 años que van de 1875 a 1930, Santiago pasó de tener 129.807 habitantes a 712.533, lo que significó un incremento del 550%. En este período, la ciudad creció a un ritmo promedio sostenido de 10.595 habitantes por año, casi el 10% de su población al iniciar el período.

Para 1930 el suelo urbano de Santiago era considerado una mercancía y la construcción de la ciudad una oportunidad de negocio. Según el historiador Armando de Ramón, hacia mediados del siglo XIX, con las operaciones de construcción de la Quinta Normal de Agricultura hacia el poniente y el Campo de Marte hacia el sur, se habría inaugurado en Santiago el fenómeno de la transformación del suelo urbano en una mercancía⁹.

Para 1930 Santiago ya era la sede de un gran número de especialistas y nuevos profesionales producto de la división del trabajo en el modo de producción capitalista¹⁰. Desde 1850, la ciudad vio surgir nuevos profesionales y operadores que se empleaban en nuevos servicios como la banca, el telégrafo, el teléfono, el ferrocarril, el tranvía, la empresa de energía eléctrica, la empresa de suministro de gas, el servicio de salud, las universidades, los centros de investigación científica, las nuevas fábricas, los hoteles, los cafés y restaurantes, los teatros, entre otros.

Como en cualquier otra metrópoli, la sociedad santiaguina de la tercera década del siglo XX ya conocía de la existencia del extravagante y el rebuscado, sujetos metropolitanos que reaccionaban contra la tendencia a la uniformidad de la sociedad masificada¹¹. Una expresión de extravagancia y rebuscamiento habría sido la práctica de las familias más adineradas de construir los llamados “palacios santiaguinos”, los clubes, la ópera y los parques, con los que se buscaba recrear el esplendor y los nuevos rituales

8 Según Simmel “[...] las metrópolis siempre fueron la sede de la economía monetaria” (Simmel, 1903: 56).

9 “Pero la metrópolis moderna se nutre casi exclusivamente de la producción para el mercado [...] para compradores desconocidos que no entran nunca en el horizonte visual del verdadero productor” (Simmel, 1903: 57).

10 “Las ciudades son ante todo la sede de la forma más elevada de división económica del trabajo [...] la concentración de los individuos y su lucha por el cliente lo obligan a una especialización profesional [...] el oferente debe buscar despertar en las personas a las que dirige, necesidades siempre nuevas y cada vez más específicas. La necesidad de especializar el servicio [...] empuja a diferenciar, refinar, enriquecer las necesidades del público [...] Ello conduce a la individualización espiritual de las cualidades psíquicas, a las cuales la ciudad da origen en relación directa con su tamaño” (Simmel, 1903: 65).

11 “[...] las extravagancias típicas de las grandes ciudades, de la cosa rebuscada [...] cuyo significado [...] reside [...] sólo en su forma [...] la alteridad, la necesidad de distinguirse, de destacarse de los demás [...] de hacerse notar [...] la brevedad y rareza de los encuentros que le son concedidos a cada individual por otro [...] la tentación de presentarse en forma ingeniosa, concisa y lo más caracterizada posible” (Simmel, 1903: 66).

5 Me refiero fundamentalmente a Baudelaire, Simmel y Benjamin. Pero también a Cacciari, Tafuri y Dal Co.

6 Me refiero a textos como: Brünner, 1932. Bannen et al., 1995. Gross, 1990. Gross, 1991. Martínez, 2006. Masuero, 2002. Pérez y Rosas, 2002.

7 En particular me refiero a los textos Simmel, 1903 y Benjamin, 2007.

de socialización de las ciudades europeas, en particular de París (De Ramón, 2007: 136).

Con la formulación del Plan de Vicuña Mackenna a finales del siglo XIX, la sociedad santiaguina se había embarcado en la instalación de prácticas higiénicas y de planificación científica de la ciudad. La “objetividad despiadada” que guía esta práctica sería, según Simmel, un síntoma de la sensibilidad metropolitana.

El tipo psicológico del individuo nervioso¹² ha sido recogido en diversos artículos publicados en las revistas de Chile. En el caso de Santiago, el nervioso lo está, principalmente, por la experiencia de la masa y del tráfico. Tener que enfrentar a una multitud o tener que cruzar una calle con un tráfico intenso, eran las dos más grandes y recurrentes fuentes de nerviosismo para el sujeto santiaguino (figura 2).

Fragmentos y novedades de la era industrial como los que le interesaban a Benjamin en París se comenzaron a introducir en el espacio urbano de la ciudad de Santiago desde mediados del siglo XIX¹³. A esta categoría corresponderían: los puentes metálicos sobre el río Mapocho; las construcciones en hierro –como la Estación Central, la Estación Mapocho, la Estación Providencia, el Mercado Central, entre otros–; los edificios en hormigón armado –como la Biblioteca Nacional, el Museo de Bellas Artes, La Casa Central de la Universidad Católica, entre otros–; los espacios para el ocio –como la alameda de las Delicias, el parque Forestal, el parque Cousiño, el cerro Santa Lucía, el parque Japonés, la Quinta Normal, los teatros, los clubes, los cafés, los restaurantes, entre otros–; los edificios en altura –como el edificio Aristía, el Ministerio de Hacienda, el hotel Carrera, entre otros– los nodos viales –como la plaza Italia– los barrios obreros o conventillos, los barrios ajardinados, los palacios, etc. (figura 3).



Figura 2. “El mundo de los atropellamientos”, Zig-Zag, abril 1933.

12 “[...] el fundamento psicológico del tipo de personalidad metropolitana es el aumento del nerviosismo, que provoca el rápido e ininterrumpido cambio en los estímulos exteriores e interiores. Esas ‘condiciones psicológicas previas’ de la nerviosa personalidad moderna son creación de la propia metrópolis [...] En su forma extrema, ese constante bombardeo de los sentidos [...] produce la personalidad neurasténica [...] Ello provoca intentos de crear una distancia entre nosotros y nuestro medio físico y social [...] su deformación patológica en la llamada agorafobia [...]” (Simmel, citado por Frisby, 1992: 139-140).

13 En *El libro de los pasajes*, Benjamin no solo está interesado en éstos, sino también en la moda, en las catacumbas de París, en el proyecto de Haussmann, en las construcciones en hierro, en las grandes exposiciones internacionales, en la arquitectura onírica, en los museos, en las termas, en las calles de París, en el panorama, en los sistemas de iluminación, en los ferrocarriles, en la fotografía, en los muñecos, en los interiores, etc. (Benjamin, 2007).

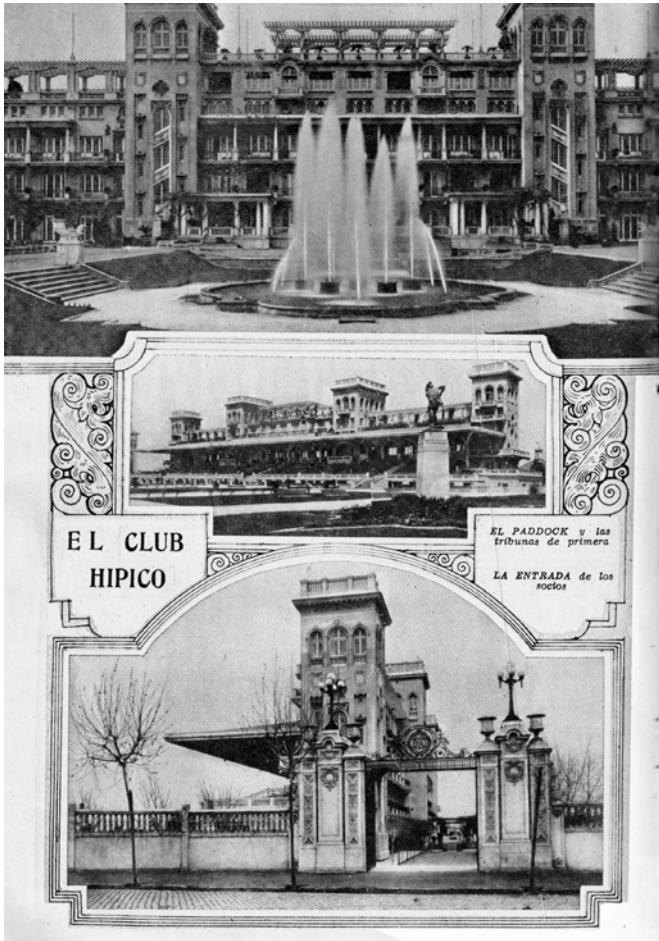


Figura 3. "El Club Hípico", Zig-Zag, mayo 1931.

Siguiendo los argumentos de Simmel y Benjamin es posible afirmar que en 1930 Santiago era una metrópoli en su dimensión de lo urbano y en su dimensión material.

Cinco viñetas. Impresiones contrapuestas de las transformaciones de Santiago en la década de 1930

Consultar los números de la revista *Zig-Zag* que se publicaron en la década de los años treinta significa encontrarse con una importante cantidad de artículos que intentaban dar cuenta de las transformaciones urbanas que estaba experimentando Santiago. En muchos casos se hizo un registro neutro, a manera de nota informativa. En otros fue posible encontrar posiciones críticas de apoyo o de rechazo hacia las transformaciones urbanas.

A continuación se presenta una selección de "viñetas urbanas" publicadas en la revista, re-ordenadas de tal manera que, frente a una determinada transformación, aparezcan siempre dos argumentos, uno celebratorio y otro de resistencia.

Primera viñeta: el cambio y la pugna entre vida orgánica y vida mecánica

Escrito en un tono alegremente nostálgico, en el artículo "Santiago era entonces una aldea"¹⁴ (figura 4), publicado en abril de 1932, se intentó rememorar la experiencia de desplazarse por la ciudad cuando los medios de locomoción mecánica y eléctrica todavía no estaban disponibles.



Figura 4. "Santiago era entonces una aldea", Zig-Zag, abril 1932.

Se trazó una genealogía de los medios de locomoción colectiva que comenzaba con los coches tirados por caballos que transitaban por las calles; continuaba con los tranvías tirados por caballos que circulaban sobre rieles –también conocidos como "carritos de sangre"–; y terminaba con los tranvías eléctricos que circulan sobre rieles. Esta genealogía se encontraba articulada por la figura de un personaje, Luis Correa Labbé, de 67 años, un conductor de tranvías quien había estado en ese oficio desde los 14 años cuando comenzó conduciendo tranvías de tracción animal.

En la primera parte del artículo se recordaba la época en la cual, con los coches tirados por caballos, los "carritos de sangre" habían significado un adelanto y signo de progreso.

En una segunda parte, los "carritos de sangre" se presentaron con una imagen menos progresista. Tirados por dos caballos, generalmente flacos y débiles, eran lentos, estaban llenos de imprevistos y era imposible estar seguro del tiempo de llegada a los lugares de destino. Los "carritos de sangre" –se dejaba entrever en el artículo– eran los signos de un Santiago de "vida lenta", pasado, que había desaparecido rápidamente con la llegada de los nuevos y más modernos medios de locomoción que habían alterado la percepción del tiempo en la ciudad. Si la ciudad del pasado era lenta, la ciudad moderna se percibía como rápida y veloz.

14 "Santiago era entonces una aldea". Revista *Zig-Zag*, abril de 1932.

Luis Correa Labbé había sido un testigo privilegiado de esta transformación y la describía pragmáticamente, sin nostalgia, como inoculado contra el cambio: “Si, señores, se fueron los viejos caballos como se ha ido todo. Hoy las cosas han cambiado tanto que nadie podría darse cuenta de cómo eran las cosas en los tiempos de joven”.

En este caso la experiencia metropolitana como experiencia de lo moderno aparece asociada a la idea de progreso técnico. Desde esta perspectiva la modernidad se percibe como cambio y transformación, como un *fluir* permanente y continuo.

Publicado en octubre de 1935, “¡No sea peatón!”¹⁵ (figura 5) es un artículo representativo de una serie en que se registran las experiencias urbanas asociadas al problema del crecimiento de la población de Santiago, su expansión física, la llegada de nuevos medios mecánicos de transporte y la confluencia conflictiva entre automóviles y peatones en las calles de la ciudad.



Figura 5. “¡No sea peatón!”, Zig-Zag, octubre 1935.

El autor del artículo describió de manera anecdótica, exagerada y dramática, pero por esto mismo de un modo muy vívido, la experiencia cotidiana de los peatones que debían enfrentarse al tráfico motorizado de la ciudad. Para hacerlo construyó una escena con un personaje –Antolín Uruete– y un lugar específico de Santiago – la plaza Baquedano –.

Antolín era supuestamente un colaborador de *Zig-Zag*. Un día llegó descompuesto a las oficinas de la revista. ¿El motivo? Para hacerlo había tenido que cruzar la plaza Baquedano, un lugar que describió como “el más peligroso del mundo”. ¿Cuál era el motivo de tanta peligrosidad? Que se trataba de un nudo vial en el cual confluían distintos medios de locomoción de la época –góndolas, autos y tranvías– a los que, desde su condición de peatón, percibía como bestias diabólicas y enemigos mortales.

El artículo revivía de manera particularmente original y genuina una típica experiencia de la modernidad: la confrontación

entre el antiguo orden orgánico y el nuevo orden mecánico. Ni Antolín ni los otros peatones parecían entender ese nuevo orden mecánico que imponía todos esos vehículos en el nudo vial, y si lo comprendían, lo percibían como opuesto y en confrontación con el orden orgánico derivado de su propia condición de peatones.

La tensión irreconciliable entre órdenes de naturaleza tan opuesta explicaría las expresiones de “terror”, “angustia”, “impotencia” y “desesperación” que Antolín observaba en los rostros de los otros peatones. La plaza Baquedano se erigió como el signo de un nuevo orden urbano de naturaleza mecánica, moderna, que se experimenta de manera angustiada por parte de los habitantes de la ciudad, acostumbrados al orden urbano tradicional de naturaleza orgánica.

La figura de Antolín Uruete emerge en éste y en muchos otros artículos publicados en la revista, como una figura que critica la modernidad, la noción de progreso tecnológico y por cierto también de la práctica urbanística. El personaje realiza una resistencia “desde abajo” del proyecto modernizador y lo hace utilizando un tipo de crítica irónica a través de la cual intenta mostrar el sinsentido de la modernidad urbanística. Más allá de su condición humorística, Antolín representa un personaje arquetípico de la cultura que pertenece al antiguo régimen y rechaza la modernidad entendida como el desplazamiento del orden orgánico por un orden mecánico.

Segunda viñeta: La modernidad excitante y la modernidad imitada de los “rascacielos”

La edificación de los primeros rascacielos en el centro fundacional de Santiago a partir de finales de los años veinte, levantó una polémica entre sus partidarios y sus opositores. Publicado en julio de 1930, el artículo “Rascacielos santiaguinos”¹⁶ (figura 6) pertenece a una serie en la que el encuentro entre las personas y los rascacielos se retrata como una experiencia cargada de valores positivos.

El autor del artículo presentó al rascacielos como la consecuencia más o menos natural del crecimiento de la ciudad, como el signo de transición de la ciudad desde un pasado marcado por la “quietud aldeana”, hacia un futuro que clamaba por una ciudad más moderna. El rascacielos era “[...] el triunfo del tiempo nuevo”.

En una observación de carácter más bien disciplinar, el rascacielos también fue retratado como un instrumento que servía para controlar la expansión de la ciudad. Al concentrar las actividades en el espacio, permitía acortar las distancias y los

15 “¡No sea peatón!”. Revista *Zig-Zag*, octubre de 1935.

16 “Rascacielos santiaguinos”. Revista *Zig-Zag*, julio de 1930.



Figura 6. “Rascacielos santiaguinos”, Zig-Zag, julio 1930.

desplazamientos sobre la superficie, y consecuentemente permitía ahorrar tiempo.

El autor del artículo sostuvo que al entrar en relación con los rascacielos, “el corazón se inquieta y vibra” y “una realidad nueva, inesperada surge en nosotros”, refiriéndose a la transformación radical de la silueta urbana que resultaba violentada por la aparición de unas líneas verticales que construían nuevas perspectivas. Todo esto era vivido como una experiencia excitante y cargada de sentido positivo.

La entrada en relación con los rascacielos sugería nuevas figuras. Los hombres, por ejemplo, se transformaban en hormigas que se movían nerviosamente entre los pisos, los avisos luminosos eran los mensajes del dios del comercio y los ascensores danzaban grácilmente, transportando “ambiciones, sueños y amargas realidades”.

Es evidente que para el autor del artículo los rascacielos ofrecían una experiencia estética placentera. Los consideraba un destino inevitable –ser modernos– y eran potencialmente tan bellos como las catedrales. Su inserción en el paisaje urbano de Santiago ayudaría a construir una ciudad “mágicamente bella”, en la cual, las mujeres se verían más lindas y los hombres más seguros.

El artículo “Andanzas y aventuras de Antolín Urguete”¹⁷ (figura 7) publicado en julio de 1935 está en el otro extremo. A diferencia del anterior artículo, en éste se utilizó la ironía y el sarcasmo para presentar de forma crítica la experiencia que tenían los habitantes de Santiago al enfrentarse con los así llamados “rascacielos”:



Figura 7. “Andanzas y aventuras de Antolín Urguete: Rascacielos”. Zig-Zag, julio 1935.

El artículo se desarrollaba como un diálogo imaginario entre el ya mencionado personaje local, Antolín Urguete, y una joven extranjera, Agatha, a quien éste había decidido llevar al centro de la ciudad para mostrarle los que él consideraba rascacielos, edificios de varios pisos que se acababan de construir y que según explicaba Antolín a su acompañante “son un orgullo nacional”.

Antolín y Agatha representan a dos personajes arquetípicos. Él, al habitante de una ciudad alejada de los centros de producción cultural, que se ha construido una imagen mental de estos lugares y tiene la secreta aspiración de que su ciudad se parezca cada vez más a Nueva York o Chicago. Ella, a la joven extranjera que viaja a un país lejano en busca de lo exótico, lo genuino y lo pintoresco y por consiguiente no se emociona –todo lo contrario, se molesta– cuando la llevan a conocer unos edificios que ella considera malas imitaciones de los que hay en su país.

La primera crítica de Agatha tiene que ver con la denominación que se le viene dando en Santiago a estos edificios de varios pisos de altura, pues según su punto de vista, para ser considerados verdaderos rascacielos, además de ser construidos con cemento o acero y tener ascensores, necesitan cumplir con otra condición fundamental: ser altos, ser verdaderamente altos. Los supuestos rascacielos que Antolín le enseña a Agatha no pasan de ser considerados por ella como “imitaciones [...] ridículas maquetas de una ciudad moderna”.

Al comienzo del artículo, Antolín consideraba que para los habitantes de Santiago el hecho de que la ciudad tuviera ahora

17 “Andanzas y aventuras de Antolín Urguete”. Revista Zig-Zag, julio de 1935.

edificios de once y hasta catorce pisos de altura debía ser un motivo de orgullo. Estos edificios constituían un símbolo del progreso urbanístico de la ciudad. Pero Agatha, la joven extranjera que conocía de primera mano los rascacielos originales, tenía una visión opuesta. Consideraba que los verdaderos íconos de una ciudad como Santiago debían ser los antiguos edificios coloniales, o aquellos lugares genuinos y auténticos como los conventillos.

El mensaje del texto era más o menos el siguiente: la próxima vez que usted señor lector se sienta emocionado al contemplar los edificios de varios pisos de altura que se están construyendo en Santiago y sienta que con ellos la ciudad está cada vez más cerca de la modernidad, recuerde que éstos no son más que malas imitaciones y pequeñas maquetas de unos originales que se encuentran en ciudades como Nueva York o Chicago. Así, la verdadera experiencia de modernidad urbana asociada a un paisaje de rascacielos estaba reservada para unas pocas ciudades y Santiago no era una de ellas.

Tercera viñeta: El ocio moderno como experiencia visual y experiencia social

Publicado en abril de 1935, en “Santiago a las 21 horas”¹⁸(figura 8) se retrata la experiencia de una nueva forma de entretención metropolitana impensable antes de la llegada de la electricidad y del alumbrado público. Me refiero al espectáculo luminoso, multicolor y dinámico que ofrecía el paisaje de algunas calles de la ciudad durante las horas de la noche.



Figura 8. “Santiago a las 21 horas”, *Zig-Zag*, abril 1935.

Es el ocaso del día. El público está saliendo de la función vespertina y camina por algunas calles emblemáticas del centro de Santiago –Ahumada y Estado– que están llenas de avisos luminosos. Allí, contemplando los avisos, se entretiene.

Los avisos luminosos son retratados como signos de modernidad de la ciudad. Son considerados responsables de cambiar su fisonomía y de animar la vida urbana de quienes optan por una caminata nocturna. En el pasado, antes de que existieran los avisos luminosos, existían los antiguos letreros pintados “casi siempre de mal gusto”.

El autor compara la irrupción del aviso luminoso de neón con la aparición del tranvía eléctrico. Los dos habrían revolucionado, a su manera, las costumbres de los ciudadanos. Desde la llegada de los avisos luminosos, por ejemplo, la gente ya no salía de sus casas únicamente por necesidad. Los avisos de neón le habían dado vida a las calles de Santiago y eran una nueva excusa para el paseo urbano nocturno.

En un intento de traducción de un medio de expresión a otro, el autor comparó el efecto luminoso de una persona pasando a contraluz frente a un aviso de neón, con la fluidez de líneas y la vaporosidad musical de una sonata de Chopin. La gente que venía de provincia –notaba el autor– era la que más disfrutaba y gozaba con esta nueva imagen “nerviosa” y “cosmopolita” de Santiago.

Para una publicación como *Zig-Zag* –que según el autor del artículo llevaba treinta años registrando cuanto novedad se había producido en Santiago–, los avisos multicolores de neón eran la gran novedad urbanística de mediados de los años 1930, porque a las 21 horas, después de una extenuante jornada laboral, estas imágenes multicolores y dinámicas de los avisos, le ofrecían a los habitantes una nueva forma de entretención.

Otro elemento introducido recientemente en el paisaje urbano de Santiago era el parque urbano. En agosto de 1930 se publicó “Mañanas de sol en el Forestal”¹⁹ (figura 9), en referencia al parque Forestal, un parque lineal ubicado en la ribera sur del río Mapocho.

El parque se había inaugurado en 1910 en el marco de las celebraciones para conmemorar el centenario de la independencia de Chile, por lo tanto, para el momento en que se escribió el artículo ya tenía 20 años de existencia.

El autor les presentaba a sus lectores una colección de instantáneas que había recogido durante una reciente visita al parque Forestal. El parque era todo lo opuesto a la “tristeza de la ciudad”, es decir, era un lugar alegre. Las escenas que describía estaban compuestas por un conjunto de elementos muy precisos: árboles, prados, senderos, flores, pájaros, niños, madres, rayos de sol, tierra húmeda, jardines, bancos, coches de bebés, mariposas, escaños, laguna, botes, estanques, parejas de enamorados, terrazas.

La escena transcurría en una mañana de agosto en la que ya parecía asomarse la primavera. Así lo indicaban las “primeras flores” que comenzaban a aparecer. Los pájaros y los niños cantaban. Los niños jugaban, los bebés dormían, las madres empujaban maternalmente los coches. Las mariposas pasaban. Las niñas del barrio, elegantes, leían o tejían. Los enamorados se perdían por los caminos más solitarios.

¹⁸ “Santiago a las 21 horas”. Revista *Zig-Zag*, abril de 1935.

¹⁹ “Mañanas de sol en el forestal”. Revista *Zig-Zag*, agosto de 1930.



Figura 9. "Mañanas de sol en el Forestal", Zig-Zag, agosto 1930.

En el texto, el parque era asociado a lo nuevo y lo bueno. El parque era asociado a la tibia luz del sol de la mañana. El parque era el lugar del juego, del entusiasmo, de la fiesta y el amor. En síntesis, la experiencia de esa mañana en el parque Forestal se describió con todos los calificativos positivos posibles. El parque Forestal era una suerte de réplica del Jardín del Edén que "un hado bienhechor" había instalado en el medio de la ciudad triste. Si la ciudad era tristeza, el parque era alegría. Al estar en el parque el autor parece haber tenido la experiencia de estar en un lugar dominado por la inocencia. Había niños jugando despreocupadamente, amor maternal, jóvenes enamorados. Pareciera como si la ciudad con todos sus males hubiese sido expulsada de allí, sin embargo, para el parque era bueno que la ciudad estuviera cerca, finalmente era un parque urbano, un parque en medio de la ciudad.

Cuarta viñeta. Novedad y obsolescencia

A partir de 1910 el centro histórico de Santiago comenzó a sufrir un cambio de escala progresivo que significó el relevo del perfil colonial de uno o dos pisos por uno nuevo de más pisos

de altura. Esta transformación se hizo particularmente evidente hacia finales de la década de 1920 cuando hicieron su debut los primeros edificios de 10 y más pisos, recibiendo en ese momento el nombre de "rascacielos".

La transformación de escala del centro histórico significó la demolición de muchas construcciones existentes. Este proceso fue experimentado por los habitantes de Santiago de maneras diversas. En un extremo estaban los que vivieron el proceso de manera optimista y celebraban la aparición de los nuevos edificios como signos de la modernización de la ciudad. En el otro extremo estaban quienes se oponían a las demoliciones por considerar que de esta manera se estaba atropellando el pasado histórico de la ciudad.

En abril de 1937 se publicó el artículo "Santiago moderniza su edificación"²⁰ (figura 10). Se trata de un artículo escrito en un tono abiertamente optimista. El autor experimenta con gusto el hecho de que la ciudad mostrara una actividad constructiva particularmente intensa.

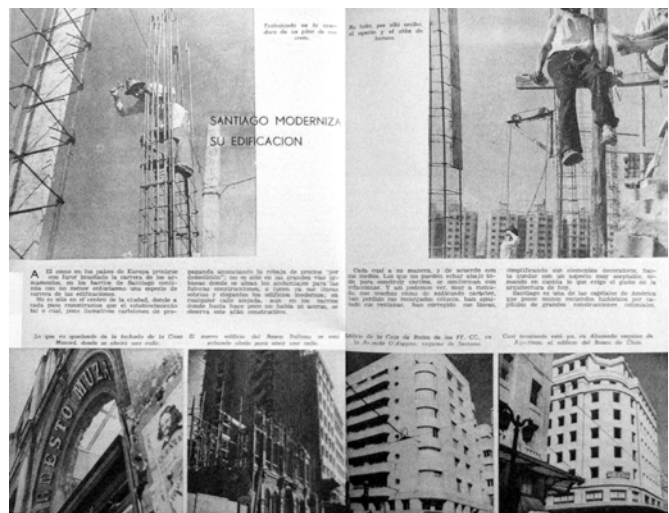


Figura 10. "Santiago moderniza su edificación", Zig-Zag, abril 1937.

La actividad edificatoria que experimenta el autor en su recorrido por la ciudad es de diversa índole. Allí donde hay menos medios económicos disponibles, las obras no se demuelen totalmente sino que se opta por refaccionar las construcciones. Se eliminan estucos y elementos decorativos, las ventanas verticales se vuelven apaisadas, se simplifican las líneas y con ello –aseguraba el autor– la arquitectura del centro pierde su carácter anticuado y se pone a tono con el nuevo gusto.

A diferencia de otras capitales de América –sostenía el autor del artículo–, Santiago no tenía en su centro histórico un patrimonio arquitectónico relevante, por lo que la demolición le parecía una operación lícita e incluso deseable. Quizá esto explique su llamado a la demolición con "combo y piqueta", la que considera como un paso previo y necesario para el surgimiento de edificios modernos, "sobrios", "elegantes", simples, funcionales y

20 "Santiago moderniza su edificación". Revista Zig-Zag, abril de 1937.

luminosos. Es un hecho que el autor del artículo consideraba que la metamorfosis de la ciudad que él experimentaba era un motivo para celebrar.

En otro frente argumental, “El viejo Santiago desaparece”²¹ (figura 11) es un artículo publicado en 1941 en el marco de la celebración de los 400 años de fundación de Santiago.

Para la cuarta década del siglo XX, poco quedaba ya de las 150 manzanas que según Alfredo Cáceres habían formado el Santiago fundacional. Recientemente la ciudad había crecido y lo había hecho de manera asombrosa, arrojando “lejos de sí los restos de su pasado”. La figura propuesta por el autor a sus lectores era en extremo sugerente, frente a los ojos del público, la ciudad se transformaba, sufría una metamorfosis. Era como si, a la manera de las serpientes, la ciudad estuviera cambiando su vieja piel por una más nueva y más “espléndida”.



Figura 11. “El viejo Santiago desaparece”, Zig-Zag, enero 1941.

Cáceres les recordaba a sus lectores que donde antes se alzaba el portón de entrada a una casa señorial, ahora se levantaba una “fábrica soberbia de acero, de modernísimas líneas”. Era difícil imaginar –sostenía Cáceres– que esa ciudad de tráfico febril

que él y sus lectores tenían ante sus ojos, con el rumor de “claxons y bocinazos potentes”, era la misma que en el pasado había servido de hogar a oidores de la Real Audiencia y damas recatadas. Incluso un artefacto urbano tan relevante en el pasado inmediato como el Puente de Cal y Canto, construido sobre el río Mapocho, no había logrado sobrevivir la metamorfosis de la ciudad y había desaparecido; y el propio río, ahora domesticado por los tajamares construidos al comenzar la década anterior, había dejado de amenazar constantemente a la ciudad con las inundaciones.

La impresión era que solo un puñado de artefactos y personajes del pasado habrían logrado sobrevivir. Invisibles durante la mayor parte del día, estos artefactos –edificios, plazoletas, estatuas– y las figuras fantasmales del pasado que los habitaban, volvían a ser visibles durante la noche, precisamente durante la vigilia, cuando la metrópoli se aquietaba y adormecía. Era como si algunas escenas de un pasado que se resistía a irse del todo, se colaran en el presente a través de los pliegues y los descuidos del progreso, y de esta manera, como fantasmas, pasaban a formar parte de la experiencia de los habitantes de la metrópoli.

El “Santiago desaparece” de Cáceres debería leerse como un grito desesperado. La ciudad que conoció ya no existe. Ha cambiado y lo ha hecho veloz y violentamente. “Santiago desaparece” es la dramática experiencia de este fenómeno que Cáceres vive en carne propia y que intenta transmitirlo en una visión edulcorada a sus lectores, sin lograr ocultar del todo el desgarramiento interior que dicha experiencia le produce.

Quinta viñeta: la “mala vida” y la “buena vida”

Esta última viñeta retrata las maneras como los distintos sectores socioeconómicos se posicionaban sobre el plano de Santiago, formando enclaves altamente segregados. Ha sido posible encontrar artículos que narraban la experiencia de una visita a un conventillo y otros que retratan la experiencia de un recorrido por los barrios nuevos, emergentes y ajardinados como Providencia o Ñuñoa.

El artículo “Las quintas residenciales de El Salto”²² (figura 12), publicado en la revista en febrero de 1931, corresponde al primer caso, es decir, es un retrato de la experiencia que tuvo un corresponsal de la revista al visitar un barrio popular.

El autor del artículo da cuenta a sus lectores del descalce entre el nombre pomposo –“Quintas Residenciales”– y la pobreza que encontró en el lugar. Según el visitante, el suelo de las calles estaba agrietado e incluso a plena luz del día, era difícil caminar por allí sin caerse. En la noche, sin ningún tipo de alumbrado público, la situación era mucho peor.

El lugar también carecía de suministro de agua potable. El agua que utilizaban los pobladores para cocinar provenía de una

21 Cáceres, A. “El viejo Santiago desaparece”. Revista Zig-Zag, enero de 1941.

22 “Las quintas residenciales de El Salto”. Revista Zig-Zag, febrero de 1931.



Figura 12. "Las quintas residenciales de El Salto", Zig-Zag, febrero 1931.

vertiente, pero era escasa y al parecer habrían sido muchos los conflictos, peleas y discusiones que se habrían generado entre los vecinos por acceder a ella. Esta agua no tenía ningún tipo de tratamiento para hacerla potable, era de mala calidad y los vecinos la habrían señalado como la causa de enfermedades estomacales que habían presentado algunos moradores.

El lugar tampoco tenía suministro de energía eléctrica y, como si todavía vivieran en el campo, los moradores criaban animales de granja que destrozaban los jardines de los otros vecinos. Para completar el cuadro, en las inmediaciones de la población pasaba un canal que solía desbordarse en el invierno, inundando las casas con agua y barro cada vez que llegaban las lluvias del otoño.

Los vecinos le dijeron al visitante que se sentían estafados. Habían pagado por una casa que se suponía estaría en una población urbanizada e higiénica, pero se habían encontrado con una realidad muy diferente. Y toda esta miseria —concluía el autor del artículo— invisible para la mayoría de los lectores de la revista, existía dentro de la ciudad de Santiago. Este tipo de artículo relataba el encuentro con la nueva pobreza urbana y fue fundamental para construir e instalar en la opinión pública el concepto de "mala vida".

El artículo "Ñuñoa: la comuna más hermosa de la provincia de Santiago"²³ (figura 13) se publicó en la revista en enero de 1931 y se encuentra en el otro extremo. El articulista hizo foco en una de las comunas en la que desde hacía algunos años se había venido estableciendo la pujante clase media de la ciudad.



Figura 13. "Ñuñoa: la comuna más hermosa de la provincia de Santiago", Zig-Zag, enero 1931.

Cuando en 1891 se aprobó la Ley de la Comuna Autónoma, Santiago comenzó a adquirir la estructura político-administrativa de una ciudad confederada, compuesta por la propia comuna de Santiago y una serie de comunas-ciudades aledañas que eran política y administrativamente independientes.

Durante los casi 40 años que transcurrieron entre 1891 y 1930, las lógicas de localización de la población en Santiago se vieron regladas por la tensión entre vivir en la comuna de Santiago o vivir en alguna de las comunas aledañas. Esquemáticamente es posible asegurar que en la periferia de la comuna de Santiago se establecieron los recién llegados que no tuvieron posibilidad de escoger. Paradójicamente, estos compartieron el espacio con las familias más tradicionales de la ciudad, mientras que la clase media, compuesta por un importante número

23 "Ñuñoa: la comuna más hermosa de la provincia de Santiago". Revista Zig-Zag, enero de 1931.

de inmigrantes de buena posición económica –industriales, comerciantes y profesionales– eligieron vivir en las comunas aledañas, en especial en aquellas ubicadas al oriente de la comuna de Santiago.

Las impresiones que recogió el autor del artículo en su visita eran muy positivas. Describió el crecimiento de Ñuñoa y su transformación en un barrio residencial como algo “asombroso”, sus barrios como un lugar en donde reinaba el progreso y la vida de sus residentes como agradable y confortable.

En Ñuñoa, las “quintas y grandes chacras” del pasado habían sido reemplazadas por el “barrio más nuevo, interesante y grato” de Santiago, en gran medida como consecuencia de dos operaciones urbanísticas básicas pero con un gran poder transformador: se instaló un buen alumbrado y se pavimentaron las calles.

En el artículo, Ñuñoa era descrita como una suerte de tierra prometida. Era un lugar “fresco” y “sano”, por lo que se asoció a la libertad y comodidad que brindaba el contacto con la naturaleza. Era un lugar en el que el material vegetal y el canto de los pájaros tenían una fuerte presencia. La impresión era que sus habitantes se dedicaban al “cultivo de la naturaleza” y la atmósfera general del lugar era de “paz” y felicidad.

La experiencia que tuvo el articulista en Ñuñoa fue la de encontrarse en un lugar diverso, tanto por su edificación como por las características socioeconómicas de sus residentes. Según el autor existían en Ñuñoa “chalets, [...] quintas, [...] bungalows, [...] poblaciones de todo género, [...] casas residenciales de estilo europeo” pero también “humildes habitaciones donde el obrero vive feliz con su familia”. La comuna además se percibió como ordenada, aseada y segura.

La impresión que a comienzos de los años 1930 les intentó transmitir el autor a sus lectores era que, en la naciente comuna de Ñuñoa, con su alumbrado público y sus calles pavimentadas, con su diversidad de construcciones y grupos sociales, con sus árboles y sus pájaros, la vida era buena, saludable, confortable, libre, feliz y en paz.

Conclusiones

¿Qué dice este conjunto de viñetas urbanas tomadas de la revista *Zig-Zag*, sobre Santiago como fuente de experiencias metropolitanas en la década de 1930?

En relación con la mecanización de los medios de transporte, por ejemplo, dice que hubo quienes la interpretaron estrictamente como una manifestación del progreso concebido en términos tecnológicos, y desde este punto de vista, la modernidad urbana fue experimentada como flujo incesante y cambio permanente. Pero también hubo otros que experimentaron la modernidad como el violento relevamiento del orden orgánico por un orden mecánico. En este sentido, el encuentro entre pea-

tones y medios mecanizados de transporte fue experimentado como algo conflictivo y molesto y la modernidad entendida en estos términos fue resistida.

En relación con la transformación del suelo urbano en una mercancía, la construcción de la ciudad en un negocio y la aparición de los primeros edificios en altura, habría que decir que la experimentaron como un signo de la modernidad entendida como novedad. El edificio en altura era un *nuevo* tipo edificatorio, que introducía una *nueva* escala en la ciudad, que creaba un *nuevo* perfil, que usaba *nuevos* materiales y empleaba *nuevas* técnicas constructivas, que incorporaba *nuevas* tecnologías (como el ascensor). Era un *nuevo* negocio inmobiliario que propiciaba el surgimiento de *nuevas* prácticas sociales. Para otros, en cambio, llamar a estos edificios en altura “rascacielos” era un despropósito. Hacer creer a otros que con la introducción de este tipo de edificios en Santiago, éste se transformaría en una ciudad moderna era una falacia. Por esta vía lo único que se conseguiría era una modernidad imitativa, de segunda mano y muy poco original. Para los partidarios de este argumento, los urbanistas deberían preocuparse únicamente de la construcción de la identidad de la ciudad y ésta debería buscarse en la arquitectura colonial o en los conventillos.

En relación con la aparición de nuevas formas de ocio urbano, la tensión se produjo entre su concepción como un espectáculo masivo pero puramente formal y el ocio como una oportunidad para la reificación social. Al primer grupo corresponderían espectáculos como el cine o la iluminación eléctrica convertida en un entretenimiento nocturno. Aquí la modernidad se percibe como pura fruición estética de luz, color y dinamismo, a la cual se acude en masa pero se experimenta de manera absolutamente individual. Al segundo grupo correspondería el parque urbano, considerado un lugar nuevo, bueno, alegre y terapéutico al que la sociedad santiaguina habría acudido en masa para curar allí su “malestar” cultural.

En relación con la transformación violenta del centro tradicional de Santiago, hubo quienes lo experimentaron como algo positivo. La actividad constructiva de las décadas de 1930 y 1940 fue concebida como un signo de bienestar económico. La transformación ofrecía una oportunidad para dejar atrás el peso de la tradición y “ponerse a la moda” en términos arquitectónicos. Para los defensores de este argumento, el Santiago moderno solo podría surgir de la destrucción, de las ruinas del Santiago fundacional. Por esto experimentaban la demolición de los barrios tradicionales con optimismo. Otros, en cambio, intentaron –tímidamente– conciliar el surgimiento del Santiago moderno con la preservación de ciertas piezas urbanas de su pasado colonial. A los partidarios de estas ideas, la violenta desaparición del Santiago que habían conocido les producía un sentimiento de desarraigo y desgarramiento interior que no siempre lograron ocultar.

Finalmente, en relación con la aparición de nuevos enclaves habitaciones socialmente segregados, la tensión se produjo entre las visitas a los barrios de los nuevos pobres –barrios obreros– y las visitas a los barrios de los nuevos ricos –barrios de la

clase media profesional, comerciante o industrial—. En el primer caso la experiencia urbana tuvo que ver con el registro de nuevas formas de pobreza urbana, que ya no estaban en el campo o en lugares apartados del país sino en la propia capital. El segundo caso se trató de la experiencia que ofrecían los nuevos barrios ajardinados, donde la modernidad urbanística se percibió como una mezcla entre tecnología –servicios urbanos– y naturaleza, que daba como resultado un lugar armónico.

Si se acepta que los problemas que han mostrado las viñetas trazan el perfil de las preocupaciones de la cultura arquitectónica de la época frente a la metrópoli, es de suponer que la planificación del tráfico, la planificación de los edificios en altura, la planificación de los lugares para el ocio, la renovación del centro y la construcción de nuevos barrios para las clases populares y las clases medias debieron haber ocupado un lugar central en el discurso del urbanismo chileno de aquellos años. **IS**

Bibliografía

- BENJAMIN, Walter (2007). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- BERMAN, Marshall (2004). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México D. F.: Siglo XXI.
- BANNEN, Pedro et al. (1995). "Santiago de Chile: quince escritos y cien imágenes". Santiago de Chile: Ediciones ARQ.
- BRÜNNER, Karl (1932). "Santiago de Chile. Su estado actual y su futura formación". Santiago de Chile: Imprenta La Tracción.
- DE RAMÓN, Armando (2007). *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*. Santiago de Chile: Catalonia.
- FRISBY, David (1992). *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kraeuper y Benjamin*. Madrid: Visor Distribuciones.
- FRISBY, David (2007). *Paisajes urbanos de la modernidad: Exploraciones críticas*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. Colección Las ciudades y las ideas.
- GOLDHAGEN W., Sarah (2005). "Something to talk about: Modernism, discourse, style". En: *Journal of the Society of Architectural Historians, JSAH*, vol. 64, No. 2, junio.
- GORELIK, Adrian (2004). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- GROSS, Patricio (1990). "Santiago de Chile: ideología y modelos urbanos". En: revista *Eure*, vol. XVI, No. 48, Santiago de Chile.
- GROSS, Patricio (1991). "Santiago de Chile: (1925-1990) Planificación urbana y modelos políticos". En: revista *Eure*, No. 52-53.
- LEFEBVRE, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- MARTÍNEZ, René (2006). "Los planos de transformación. 1894-1928". Santiago de Chile. Documento no publicado de circulación limitada.
- MASUERO, Andrea (2002). *Plaza de la constitución: proyecto urbano y debate arquitectónico*. Tesis para optar al grado de magíster en Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- PÉREZ, Fernando y ROSAS, José (2002). "Cities within the City: Urban and Architectural Transfers in Santiago de Chile, 1840-1940". En: ALMANDOZ, Arturo (ed.) *Planning Latin American Capital Cities, 1850-1950*. London: Routledge. Taylor & Francis Group. Oxford, England: Alexandrine Press.
- REVISTA ZIG-ZAG. Colección de la revista *Zig-Zag*, 1930-1941.
- SARLO, Beatriz (2007). "Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930". Buenos Aires: Nueva Visión.
- SIMMEL, Georg (1903). "Las metrópolis y la vida espiritual". En: MALDONADO, Tomás (2002). *Técnica y cultura. El debate alemán entre Bismarck y Weimar*. Buenos Aires: Infinito, pp. 55-68.
- TORRENT, H.; MONDRAGÓN, H.; TÉLLEZ, A.; CORTÉS, M. y HECHT, R. (2010-2013). "Experiencias urbanas, transformaciones, planes y proyectos: representaciones en las publicaciones periódicas, Chile 1930-1960". Proyecto Fondecyt No. 1110494.